

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	6 reales.
Por tres id.	16 »
Por seis id.	32 »
Por un año.	60 »

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion, dirigirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.



PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administracion ó por comisionado.	24 reales.
Por seis id.	42 »
Un año.	80 »
ESTRANJERO, tres meses.	30 »
ULTRAMAR, un año.	6 pesos.

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo.

GIL BLAS.

EL DINERO DEL EXCOMULGADO.

Carta de un infeliz.

Sr. Director de GIL BLAS.

El otro dia ví á Vd. en paños menores, y si no fuera por que soy muy prudente, diria que io ví con mucho sentimiento.

Hoy me propongo escribir unas cuantas líneas. Usted y yo somos dos.

Partiendo de esta verdad matemática, me propongo demostrarle que debemos marchar juntos... fuera de España.

Los extremos se tocan siempre en Roma.

Por este extraño razonamiento, habrá Vd. podido comprender que soy un pobre hombre.

Entremos en materia.

El gobierno del Papa ha entrado de lleno en la cuestion de Hacienda.

Todos los liberales de Europa esperábamos con la boca abierta la resolucion de tan grave asunto.

Hé aquí lo que el gobierno romano ha dicho:

«Que Victor Manuel pague la deuda romana, y que garantice la Francia.»

Y aquí empiezan mis dudas.

Victor Manuel es un rey excomulgado, y por lo tanto debiera estar fuera de todo contacto con los buenos católicos.

Que otras naciones, obedeciendo á necesidades mundanas, se vean en el triste caso de mantener relaciones con el hereje, cosa es que nada tiene de nuevo ni de particular.

¿Qué puede dar un hereje sino pesadumbres?

Esto creia yo.

UN DIA DE PRUEBA.

I.

Pues señor, tengo yo un amigo... ¡pobre muchacho! no he visto un hombre más fatal desde que le conozco.

Nació en viernes al anochecer, es decir, ni de noche ni de dia: su madre se murió por parirle; el comadron le ató mal el ombligo, y lo fastidió; tardó siete dias en ser bautizado porque en la iglesia no encontraban agua, y al bautizarle le dieron un porrazo contra la pila, que á poco más me lo despampanan.

Nació en un dia último de año. En fin, y con perdon de ustedes, se llama Silvestre.

De este Silvestre, pues, quiero hablar hoy, que no me acomoda ocuparme de asuntos políticos, y el lector me lo habrá de perdonar en gracia de las circunstancias.

Si yo fuera á contar todas las desazones que Silvestre ha pasado en veinticinco años que hace que cayó en el mundo como una maldicion, no tenia bastante ni con todo el papel que ha desperdiciado el P. Sanchez en su vida. ¡Qué digo! ni con todo el papel del Estado habia suficiente!

¡Pobre Silvestre!

Les aseguro á ustedes que me da lástima.

Tiene dias horribles.

Por ejemplo, el jueves primero del mes de diciembre, que por fortuna ha pasado.

Vamos al caso.

II.

Como iba diciendo, era un jueves.

Silvestre se levantó á las ocho de la mañana.

Y se levantó á esa hora por tres razones:

Primera, porque tenia que ir á la oficina.

Segunda, porque quiso.

Y tercera, porque se levantó.

¡Ah! Todavía una razon poderosa. Se levantó porque se habia acostado. Eso es.

Antes de comenzar la historia de aquel dia, es preciso decir, para mejor inteligencia del que lea, que además de

su suerte perra, Silvestre tiene ocurrencias del demonio. Verbi gratia, la de meter el reloj en una bota.

¡Figúrese usted si venderán por ahí relojas baratas!

Pues no señor, no sirve eso; el reloj de Silvestre duerme siempre en una bota.

El dia en que comienzan estos renglones, mi amigo fué á tomar su reloj... ¡Sí, sí, busque usted el reloj! No habia tal cosa.

—¡Muchacha! grita Silvestre. ¡Muchacha!

—¿Qué ocurre, señorito?

—¿Y mi reloj?

—¿Qué reloj?

—¡El mio, mujer, el mio!

—¡Qué sé yo! Yo no entiendo de relojes!

—Es que yo le tenia...

—¿Dónde?

—Dentro de esta botina.

—¡Ay qué Dios! El reloj dentro de una botina. ¡Vea usted qué cosas!

—¿Usted no lo ha visto?

—No señor; pero me figuro que sa quedao usted sin esa prenda!

—¡Caracoles!

—¡Pues es claro! El chico ha limpiado las botas esta mañana...

—¡A ver, que venga el chico inmediatamente!

—¡Si no está en casa!

—¡Por vida de mi alma! ¿Volverá pronto?

—¡Quiá! Si lo han despido...

—¿Cómo?

—La señora lo dispidió esta mañana, porque era muy bruto!

—¿Es decir que me he quedado sin reloj?

—¡Velay!

—¡Jesus! ¡¡Jesus!! ¡¡Jesusuuuus!! Estas casas de huéspedes son unas grilleras... unas cuevas de bandidos!

—¡A fé que, señorito Silvestre, tiene usted unas cosas! ¡A qué alma del otro mundo se le ocurre metel el reloj en el calza!

—¡Déjeme usted en paz!

—¡Como usted quiera!

III.

Eran las ocho y media. Apenas habia abierto los ojos el jóven sin ventura, y ya le habia sucedido un percance.

Se puso la chistera y la capa, y se echó á la calle.

La escalera de casa de Silvestre «era oscura, oscura, oscura,» como la noche de aquella zarzuela famosa.

Yo no sé en qué consiste que la mayor parte de las escaleras de las casas de Madrid son tan oscuras.

Pero... sí, ya lo sé. La luz entra, generalmente, por las ventanas de las casas, ilumina los cuartos; pero como suele encontrar las puertas cerradas, no sale á la escalera, y la escalera se queda á oscuras.

Sobre poco más ó ménos, como ustedes, que aun no han visto dos dedos de luz para escapar de mis farragosos párrafos.

Continuemos.

La escalera estaba á oscuras; el maestro de baile (por otro nombre, el aguador) subia con ese paso menudito y delicado, peculiar á los individuos de su raza. Silvestre, pensando en su reloj, no se fijó, no pudo fijarse en el angelito que subia, y ¡cataplás! recibió tan soberano cubetazo en el ojo izquierdo, que le hizo exclamar en una ¡interjeccion de esas que se usan hace mucho tiempo.

—¡Ay, señuritu! perdóneme.

—¡Un demonio! Así revientes, hipopótamo! ¿No has visto que bajaba yo?

—No señor, no he vistu.

—¡Zopenco!

—¡Dígame que no le he vistu!

—¡Ojalá te mueras!

—¡Agradeciendu, siñuritu!

Y Silvestre salió á la calle con un ojo como un melon, sobre poco más ó ménos.

—Ese hombre va hecho una lástima, dijo un transeunte.

—¡Valiente guantada le han dado á ese individuo! dijo otro.

—¡Valiente estúpida está la humanidad! murmuraba Silvestre, que en aquel momento tenia sangre en el ojo.

IV.

Al doblar una esquina, se encuentra frente á frente de un hombrecillo rechoncho, colorado, muy feo.

—¡Gracias á Dios! dice el hombrecillo aquel así que se convence de que Silvestre es, en efecto, el que acaba de tropezar con él. ¡Gracias á Dios, caramba!

Hoy sé que un hereje puede dar su bolsillo.
A los ojos de Roma, Victor Manuel es un criminal.
Y digo yo:
¿El dinero del crimen, aprovecha á la virtud?
Voy á buscar un teólogo para que me saque de este laberinto.

Afortunadamente *El Pensamiento Español*, sin ser teólogo ni mucho ménos, se adelanta á mi deseo.

Segun este periódico, la cuestion puede plantearse de esta manera:

Un hombre le lleva á Vd. el gaban.

A los pocos dias se encuentra Vd. con que tiene que pagar al sastré.

Entonces llama al que se llevó el gaban y le dice:
«Mira, chiquito, dame quinientos reales, y ten entendido que esto no es más que una pequeña parte de lo que me debes.

El mes que viene me darás otros quinientos, y no olvides que el gaban es mio.»

Esto es precisamente lo que ha hecho el gobierno romano.

La comparacion, si he de ser franco, no me parece muy exacta.

Aunque haya alguna exageracion, bien puede tenerse en cuenta que las provincias romanas tienen autonomía, y que en virtud de su libre voluntad se han unido al reino de Italia.

Pero no habrá nadie que se atreva á sostener con razon, que el gaban pueda manifestar claramente su deseo de lucirse por esas calles colgado de los hombros de este ciudadano y no de aquel.

Me he apartado del punto principal.

A un excomulgado debe negarse el pan y el agua; todo contacto con él es pernicioso en sumo grado.

Si todo lo que sale de sus manos es impuro, ¿en virtud de qué ley se exime el dinero de esta impureza?

Admitir el dinero del reino de Italia, y decir despues que el reino de Italia no existe, me parece una broma algo pesada.

Tender la mano á Victor Manuel cuando este alarga la bolsa, y negársela despues cuando pide una

bendicion, son acciones que los profanos no entendemos.

De todos modos, Victor Manuel, rey de Italia, al verse excomulgado, puede esclamar desde hoy:

¡Todo se ha perdido... menos el dinero!

Esto tenia que decir á Vd., Sr. Director, en descargo de mi conciencia, y en defensa de mi opinion tan calumniada por los neos.

Nosotros hemos reconocido á Italia de balde.

El gobierno de Roma, sin reconocerle, se aprovecha de su dinero.

Ahora que saquen las consecuencias los lectores de su periódico.

UN INFELIZ.

Por la copia:

Luis Rivera.

VERDI.

Figura sombría, de esas que nadie anhela encontrarse en mitad de un camino solitario durante la noche,—tal es la del ilustre autor del *Trovatore*.

Alto, delgado, cabeza enérgica á la manera de los bandidos de Salvator Rosa,—hé aquí el cisne de Bucetto.

Su mirada es fatal, y espesas pestañas sombrean misteriosamente sus ojos negros. De su nariz, más gruesa que fuerte, bajan dos arrugas hasta la barba, como un surco trazado por el desden.

Una barba negra como el azabache oculta la ironía de su sonrisa, y su frente ancha y viril está coronada de cabellos espesos y entrelazados como las algas marinas.

Verdi, con ese aire de conspirador que le distingue, me parece la personificación del carbonerismo. Su aspecto nos recuerda al italiano de la revolucion desenfadada, y cuando busca una nueva modulacion cualquiera, diríase que medita un golpe de Estado.

Cabeza de patriota con el génio de un músico, cerebro de Orfeo en el cráneo de Prócida.

—¡Hola, señor de Sacatrapos!

—¡Hola! Me alegro de encontrarle á usted, porque como ya es imposible saber donde usted vive...

—No alce usted tanto la voz, amigo mio, yo le aseguro...

—¡Estoy en mi derecho! Y si le detengo á usted en medio de la calle, también estoy en mi derecho! Y si doy el escándalo del siglo, ¿no estaré también en mi derecho?

—¡Pero!

—Nada de peros, señor mio, nada de peros. ¿Dónde vive usted?

—Burro, 4, principal.

—Me alegro de saberlo, porque como usted sabe muy bien, obra en mi poder el pagaré que hicimos el año pasado, y si dentro de ocho dias usted no ha cubierto esa deuda, me verá obligado á embargarle...

—Pero, hombre, para eso no es menester gritar de esa manera...

—Sí señor, á embargarle todo lo que tenga en su casa, y algo más. ¡Abur!

Silvestre apretó el paso, rechinando los dientes.

V.

Llegó á la oficina sin reloj, con el ojo inflamado y con la desazon del acreedor, cuando observó que sus compañeros le miraban, unos con aire de compasion, otros como con desprecio.

—¡Bah! dijo para sí, como traigo este ojo estropeado...

Pero lo del ojo no era nada, comparado con otra cosa.

Sobre la mesa de escritorio de nuestro héroe habia un oficio cerrado, con sobre para él.

Silvestre rompió la oblea:

«S. M. la reina (Q. D. G.) ha tenido á bien declarar á usted cesante con el haber que por clasificacion...»

—¡Por vida del! gritó Silvestre, dando un puñetazo en la mesa.

Pero al bajar el puño, no reparó en el tarro de porcelana donde estaban las plumas colocadas como los fusiles en un arnero, y se hizo cinco heridas en la mano derecha.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay! exclamó saliendo de su sitio y dirigiéndose á la puerta:

—¿Qué es eso? preguntóle un compañero.

—¡Nada! respondió Silvestre, que estoy viendo todo el sistema de Copérnico en este momento. ¡Abur, señores! ¡Hasta nunca!

—Pero hombre, oiga Vd...

—¡Abur!

Y salió como alma que lleva el diablo.

Al mismo tiempo entraba el portero con media docena de vasos de agua para el subsecretario y sus cómplices. Silvestre no repara en el portero, y ¡brrrruun! los vasos al suelo y el portero en tierra.

—¡Qué barbaridad! grita el acometido.

—¡Qué bárbaro! grita Silvestre, y con la mano en alto, como párvulo que pide algo al maestro, se separa para siempre de la oficina.

VI.

—¡Eh! ¡cochero!

—¡A dónde, mi amo!

—¡Burro, 4, principal!

—¡No puedo subir al cuarto principal, señorito!

—¡Estúpido, burro!

—¡Burro, á mi!

—¡Burro, 4!

—¡Bueno! Vamos allá.

Y Silvestre se mete en el coche.

Al mismo tiempo entraba por la otra portezuela un hombre.

—¡Caballero!

—Yo he tomado el coche antes.

—No, perdone Vd., en todo caso lo habremos tomado al mismo tiempo.

—No señor, ¡yo lo he tomado antes!

—Me parece que está Vd. en un error.

—Y Vd. miente, y es Vd. un *lila* que me está Vd. ya cargando con tanto hablar... ¡ea! fuera del coche!

—¡Animal!

—¿Qué es eso? ¡Ahora veremos quién tiene más razon!

Y ¡zas! le atiza tan soberano guantazo á mi héroe, que me lo deja temblando.

Silvestre salta del coche, coje á su adversario por un pié para sacarle; al mismo tiempo el coche comienza á andar con más velocidad que una locomotora, y Silvestre se queda con una bota de su enemigo en la mano.

Su desesperacion llega á tal extremo, que entra en una tienda de ultramarinos y le dice á un hortera:

—Hombre, ¿me quiere Vd. hacer el favor de pegarme dos ó tres tiros?

Señas particulares:

Es propietario y no lee los periódicos.

En cuanto al compositor, todos le conoceis.

Mas de una vez habeis aplaudido su pasion, su *veemenza*, las frases ardientes que entusiasman al público, el arte con que dispone de las masas y combina los contrastes, su instinto escénico, su vida, en fin; sin que por ello hayais dejado de lamentar la vulgaridad de sus rimas, el desorden de la orquesta, y algunos gritos desesperados de sus cantantes favoritos.

Llegado en el momento de la decadencia de la música italiana, Verdi sobresalió á fuerza de estudio y perseverancia, recogiendo con mano fuerte el centro que Rossini abandonaba, que Donizetti, moribundo, dejaba caer; y comprendiendo que no podia seguir el mismo camino que sus predecesores, intentó la senda que ha recorrido con fortuna.

Sosteniéndola con la sabia de su organizacion viril, *melodramatizándola*, por decirlo más claro, Verdi ha prolongado por algun tiempo la escuela musical, de la que él parece ser el último vástago.

¿Quién puede imitar á Verdi? Sus cualidades y sus defectos le son tan propios, que imprimen á su música un sello de vigorosa individualidad.

Gracias á esto, su nombre quedará en la historia del arte.

Hoy goza de la popularidad.

Algunas de sus obras alcanzarán la posteridad.

Como hombre, Verdi es honrado, pero de un carácter sombrío, casi montaraz. Fuera del arte, rinde culto á tres afecciones supremas: á la patria, á la lectura, y á su quinta de Santa-Agata (un palacio digno de un príncipe.)

Huye del mundo, de los bailes, de los banquetes; aborrece los cumplimientos, los elogios desmedidos y sobre todo la *claque*; es, en fin, un tipo extravagante, que puede considerarse bajo estos dos aspectos:

Primer Verdi.—El que todo el mundo conoce, triste, sério, huraño, brusco, inquieto, reservado con los conocidos, no manifestando jamás su opinion, sobre todo, en música, temblando á la vista de un album y á la demanda de una fotografia. Durante

Los demás dependientes que ven entrar á un hombre con una bota de becerro en la mano, y pidiendo por favor que le peguen un tiro, como pudiera pedir que le pegaran un boton, dicensé unos á otros:

—¡Este hombre está loco!

—¡Un loco! ¡Ay Dios mio! grita una criada que está comprando garbanzos.

—¿A que le pego á Vd. dos puntapiés? exclamó Silvestre hecho una fiera.

—¡A ese! dicen los dependientes.

—¡A ese! repiten dos granujas que le ven salir de la tienda corriendo, y se figuran que ha robado algo.

—¡A ese!! repiten enseguida veinte personas.

—¡¡¡A ese!!! todo el mundo.

—¡A ese! ¡A eseeeeee!

VII.

Silvestre corrió como un procurador por espacio de tres horas y media.

Al cabo de este tiempo se detuvo.

Ya no le seguia nadie, y reconoció el sitio donde se hallaba.

Estaba enfrente de los Campos Eliseos.

Respiró fuertemente, y se sentó en el suelo.

—Veamos, dijo, veamos, Silvestrito, qué gracias debes darle á tu buena fortuna por el dia de hoy. ¿Estás contento de tu suerte, hijo mio?

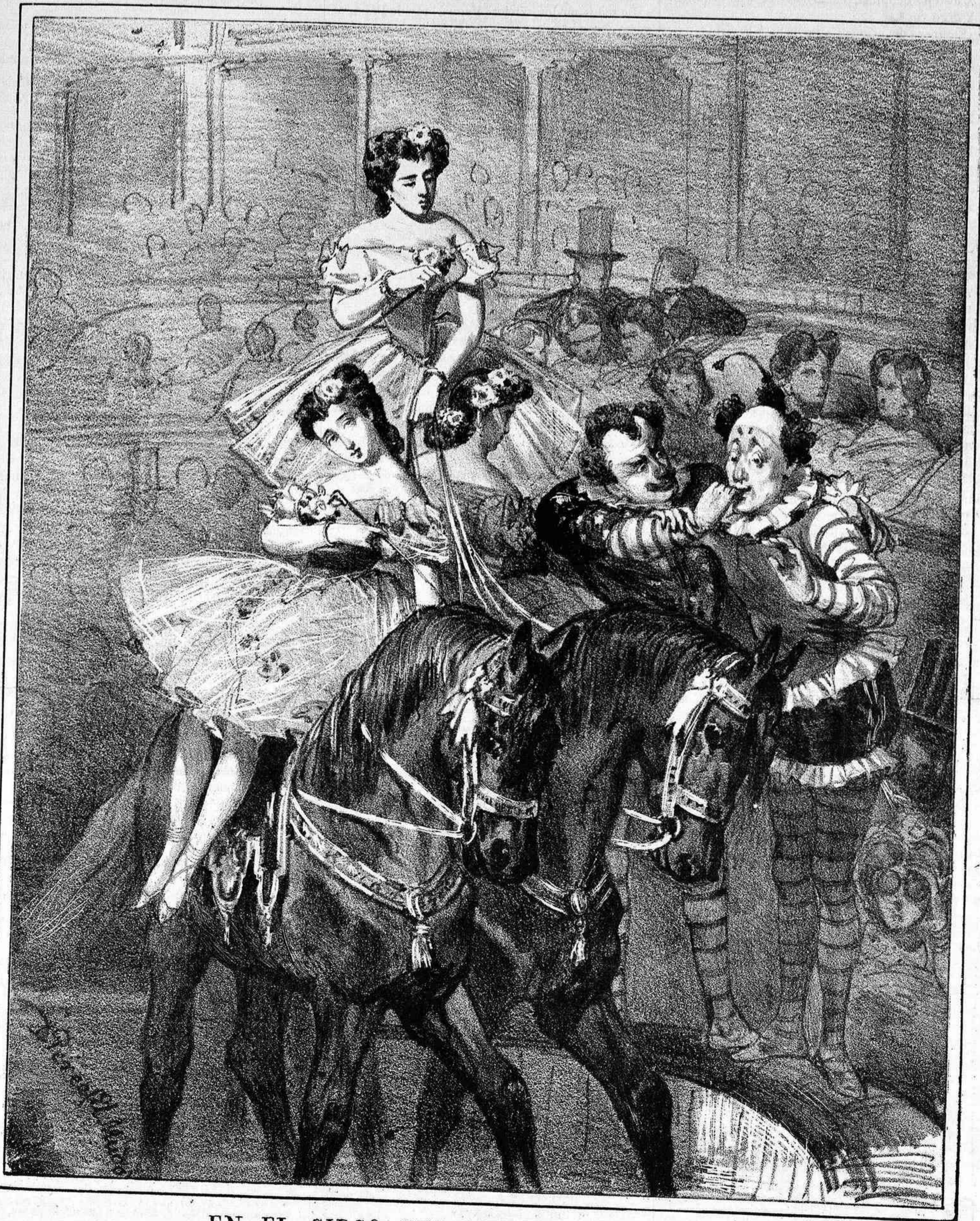
Apenas habia dicho estas palabras, sintió que descendia rápidamente...

Se habia sentado encima de una piedra que servia para cubrir un hoyo. La tierra de abajo estaba blanda, y con el peso de un hombre, la piedra habia tenido por conveniente sumergirse y sumergir á Silvestre en las profundidades de un abismo de quince piés y pico.

Nada he vuelto á saber de mi amigo; pero frente á los Campos Eliseos, ha nacido un alcornoque que alza allí sus ramas para escarmiento de desocupados.

Indudablemente la semilla de Silvestre ha dado sus frutos.

Eusebio Blasco.



EN EL CIRCO DEL PRINCIPE ALFONSO.

— ¡Bravo!; sublime manjar!
Son tres; y qué tres, hermano!
— ¡Carramba! alarga la mano,
que también quiero chupar.

los ensayos de sus obras, es inabordable y riñe tres veces al día con el empresario. Despiadado, sin consideración alguna con los cantantes, les hace trabajar hasta dejarlos roncós. La cosa más leve le pone furioso, y escita la irritabilidad de sus nervios, y por esto ha llegado á ser la pesadilla de la orquesta de la Opera. Como su idea, después de todo, es la de alcanzar una ejecución perfecta, los cantantes acaban por plegarse á sus exigencias, uniendo su buen deseo al fuego sagrado del maestro. Por ejemplo, Verdi no les permite jamás el más pequeño cambio ó modificación.

Ensayando las *Visperas Sicilianas*, tuvo unas palabras con Obin, y suspendió los trabajos hasta que el artista le escribió una carta dándole mil satisfacciones.

Segundo Verdi.—El de la vida privada. Un hombre dulce, afable, ameno, conversando agradablemente, pero siempre en la mayor intimidad; entonces se ilumina su mirada, y deja entrever su prudencia, su buen sentido, su esquisito gusto y los conocimientos profundos que debe á la lectura diaria.

Este Verdi es una joya, pero solo es conocido de tres ó cuatro amigos, por quien él se echaría al fuego á la más ligera insinuación.

Con un rasgo voy á pintaros á Verdi patriota; cuando la última insurrección, viendo pasar por delante de su casa un pelotón de combatientes, los llamó y les hizo que se llevasen de su casa cuanto necesitasen; no contento aun, obligó á que se levantara su mujer para sacar las sábanas y colchones y dárseles á los heridos.

En estos momentos, retirado en una habitación silenciosa de los Campos Elíseos (París), Verdi se ocupa en su nueva ópera *Don Juan*, y no recibe visitas de nadie.

Me engaño; recibe siempre á los desgraciados que llaman á su puerta.

Dos verdaderos amigos llenan á su lado el vacío de la patria: Luigi, su criado fiel y *romanesco*; y su representante en París,—uno de sus fanáticos admiradores,—Leon Escudier, que ha tomado por divisa el siguiente mote:

«Verdi y mi derecho... de editor.»

Alberto Vizontini.

REVISTA AL POR MENOR.

Buena está la capital,
está buena, si señor,
cuando hace sol, no hace luna,
cuando llueve no hace sol.

Y lo más triste, señores,
señores, lo más atroz,
es que al llover cae el agua
haciendo ¡chiss, chiss, choss, choss!

Los hombres andan derechos
y corren sin compasión,
por que á ninguno le gusta
que se le moje el castor.

Las mujeres van luciendo
las botitas de charol,
y hay corazón que las mira...
¡ah pícaro corazón!
que siempre has de ser lo mismo
aquí y en Sebastopol.

Quien quiera saber noticias
buenas, de marca mayor,
aplique entrambas orejas
que voy á decirlas yo.

En la Zarzuela se han hecho
cuadro vivos de Ferriol,
entre ellos *La lluvia de oro*,
ni lluvia ni oro vi yo;
después el *Cuadro del hambre*
donde un hombre muy feroz
mata á un pobrecito viejo
por un pan de munición.

En este cuadro está usted,
y el vecino, y el lector,
y el tendero de la esquina,
y hasta el que enciende el farol,
y el empresario que pierde
el dinero y el humor.

El tal cuadro, caballeros,

es una composición
que da fama al que lo hace
y al que lo mira hace honor.
Después de esta friolera,
se alzó de nuevo el telón
para el *Ultimo suspiro*,
(pues, el que voy á dar yo.)

Calcule usted si sería
muy bonita la función,
que éramos ciento al principio
y al final éramos dos.

En Variedades trabaja
la Civilli de *mistó*,
y hace *La casa de campo*
y después *La abdicación*
de una reina, drama que
Segovia nos arregló.

Yo la aplaudía diciendo:
¡qué moza, ¡válgame Dios!

Sancho Ortiz de las Roelas,
el Pricipe me ofreció;
y tanta gente fué á verlo
que quitaron la función.

Otras muchas novedades
tengo que dar al lector,
de grandísimo interés
aunque usted diga que no.

Ayer me afeitó Sisí,
y fui á la calle Mayor,
y me encontré á una morena
junto á la puerta del Sol;
la miré y la dije: ¡hole!
y ella me dijo: ¡chavó!
pero un coche que pasaba
cortó la conversación.

Mas tarde tomé café,
y con leche, si señor,
porque tengo ya los nervios
en un estado feroz.

Allí encontré al propietario
de *La Regeneración*,
que es un neo con patillas
de las que me río yo;
y con esto y un bizcocho
me fui á acostar á las dos,
cogí un libro y un cigarro
y dormí como un lirón.

Esta es la historia cabal
de lo que hizo un español
el diez de enero en Madrid.
—¡Queden ustedes con Dios!

Luis Rivera.

CABOS SUELTOS.

—¡Ay, que estoy sin abrigo,
desdichado de mí!
decía un pobre diablo
en la puerta del templo de San Luis.

Pasaba una señora
y dijo al verle así:
—¿Cómo estando desnudo
puedes el viento frío resistir?

—¡No es cosa! dijo el pobre,
en pelota nací,
desnudo vivo siempre
y no me dan los vientos que sufrir.

Y exclamó la señora:
—Entonces, pesamí,
¿por qué nos martirizas
cuando te pones á quejarte así?

—¡Caramba! gritó el otro,
¿y no me he de plañir?
démeme usted el consuelo
de esperar que me ayuden á sentir.

Hay gentes tan groseras
que hasta una queja les molesta oír;

señora doña Tecla, mi vecina,
¡no sea usted así!

No me sale el susto del cuerpo.
Figúrense Vds. que el representante de Francisco II, en Munich, acaba de protestar contra el reconocimiento de Italia por Babiera.
Y con esta van ciento.

El padre Sanchez va á publicar un nuevo periódico.
—¡Ah, valiente!

Traducción del alemán.

Alcé los ojos y miré á los cielos
temblando de inquietud,
pero nada los cielos me decían
y perdí la esperanza de la luz.

Bajé los ojos, y á la estéril tierra
consuelo le pedí,
pasaste ante mi vista y desde entonces
vivo feliz.

Siempre que quieran Vds. saber la edad de una mujer, usen el siguiente procedimiento:

Pregúntenle Vds. á ella cuantos años tiene.
Ella dirá... *tantos*; los que sean, es decir, menos.
Después pregunten lo mismo á una amiga suya.
La amiga dirá *tantos*; es decir, muchos más.
Y entonces se saca aproximadamente el término medio.
Es probado.

Un acreedor se encuentra con su deudor en la calle de los Tres Peces.

—¡Hola! (*con efusión.*)
—¡Hola! (*escamado.*)
—¿Hombre, cuando me paga Vd. aquella cuentecita?...

—¡Pronto, querido, muy pronto!
—¡Trabaje Vd., hombre, trabaje Vd.: el tiempo es oro!
—¿Si? pues yo le pagaré á Vd. *¡con el tiempo!*

El señor marqués del Duero, en un comunicado que publica en *El Diario Español*, rectifica el epíteto *co-barde*, que se atribuía dirigido por este general al marqués de los Castillejos.

El Sr. Perez de Molina, antiguo redactor de *La Libertad* y *Los Tiempos*, se ha hecho cargo de la dirección de *El Pabellon Nacional*.

Ignoramos si con este motivo pierde nuestro colega aquel matiz *novelichero* que le distinguía.

El Banco de España anuncia á sus accionistas, que pasen á recoger el dividendo de ocho escudos por acción, como complemento de los beneficios del año de 1865.

Pero yo no soy accionista, yo soy simplemente un ciudadano que tiene algunos billetes del Banco, que no puede cambiar sino perdiendo un dos ó un tres por ciento.
¡Viva mi niña!

EDITOR RESPONSABLE, D. SANTOS SALMERON.

MADRID: 1866.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 12.